

*DEL TREN AL AEROPLANO:
ENSAYOS SOBRE LA VANGUARDIA ESPAÑOLA*

por José Manuel del Pino

(Society of Spanish and Spanish-American Studies, Boulder, 2004, 175pp.)

Keishi YASUDA

Esta obra, realizada por José Manuel del Pino, profesor de Literatura y Cine Españoles de la Universidad de Colorado (Boulder), consiste en diez artículos publicados entre 1994 y 2001. Éstos, pese a que cada uno analiza un tema distinto, tienen como objeto de estudio común la vanguardia literaria en la España de la primera mitad del siglo XX, sobre todo los años veinte. Además en casi todos los capítulos, Del Pino alude al filósofo José Ortega y Gasset y la *Revista de Occidente*, que él fundó en 1923. No cabe duda de que estas dos menciones ejercieron gran influencia sobre la vanguardia literaria de aquella época. En el primer capítulo, el autor explica que el vanguardismo narrativo en España empezó en 1923, año de la primera publicación de dicha revista (p. 2).

La vanguardia literaria radicaba en el intento de alejarse del estilo tradicional y realista dominante hasta entonces y lanzar las técnicas experimentalistas basándose en el pensamiento liberal. Para ello, cada obra necesitaba una circunstancia más futurista y urbana. La escena de *Erika ante el invierno* (1930), obra narrativa del escritor granadino Francisco Ayala, es Berlín. Esta ciudad alemana era la metrópoli donde Ayala había estudiado. Del Pino define este lugar como “ciudad que encarna un espacio deshumanizado del que han desaparecido los vestigios del mundo natural” (p. 23). Es decir, en el vanguardismo era preferible una atmósfera artificial y refinada sin matices rústicos. De hecho, en dicha obra de Ayala de unas diez páginas, aparecen el metro o la cervecería, edificios que causan una impresión urbana.

El autor, en el cuarto capítulo, sostiene que la *Revista de Occidente* era “el medio español más influyente para la defensa del cine y para su legitimación como producto artístico digno de consideración intelectual” (p. 57). El cine contribuyó de manera considerable al desarrollo del vanguardismo literario. Una de las características de las obras vanguardistas es el énfasis de los aspectos visuales, lo cual provenía del efecto cinematográfico.

En el quinto capítulo el autor se fija fundamentalmente en el papel del cine en el vanguardismo literario. Aquí Del Pino subraya que el auténtico revulsivo de la nueva novelística era precisamente la intervención del fenómeno cinematográfico (p. 77). En la práctica, a medida que la popularidad del cine ascendió, la vanguardia literaria llegó a adquirir plena prosperidad. De hecho, estos dos campos empezaron a correlacionarse. Según el autor, en *La Gaceta Literaria*, fundada en 1927, se insertaba una sección de cine en que participaban los intelectuales de aquella época, entre ellos Luis Buñuel y Francisco Ayala. En 1928, *La Gaceta* comenzó a presidir en Madrid el Cineclub que ofrecía al público las películas más notables de la vanguardia europea (p. 109).

En relación a la cinematografía, Del Pino también expone, tomando en consideración el contenido de *La deshumanización del arte* (1925) de Ortega, que “para Ortega, el triunfo del espíritu intrascendente del arte moderno se reflejaba en el auge del deporte y del cine como manifestaciones sociales y estéticas de primera magnitud” (p. 96). Al igual que el cine, el deporte ganó en popularidad durante la primera mitad del siglo XX. En 1928, cuando se estableció el Cineclub en la capital española, se inició asimismo el campeonato de liga de fútbol.¹ El deporte aportó un nuevo elemento al vanguardismo literario, y en las principales obras de esta corriente se encuentran con asiduidad referencias deportivas.

En el noveno capítulo, el objeto de análisis es la máquina, uno de los componentes urbanos y futuristas del vanguardismo. El autor considera el teléfono como el símbolo de la “máquina”, alegando que era “la nueva naturaleza artificial que se ha instalado en las entrañas de la ciudad” (p. 155). Bajo la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930), la Compañía Telefónica Nacional de España, creada en 1924, llevó a cabo el tendido de la red telefónica nacional y la instalación de teléfonos por todo el país. Con lo que para 1930, año final de la dictadura, el número de teléfonos en servicio se incrementó más de tres veces, pasando de 60.292 en 1922 a 212.360.² Este hecho significa que la evolución de máquinas como el teléfono estaba contribuyendo al desarrollo de la vanguardia literaria, lo mismo que el cine y el deporte. Durante esta dictadura, se establecieron la compañía aérea Iberia y la CAMPSA (Compañía Arrendataria del Monopolio de Petróleos, S. A.), lo cual aceleró la mecanización en España. De ello, se deduce que el auge del vanguardismo literario marchaba de manera simultánea con el paso de esta fase dictatorial.

Resulta de gran interés el último capítulo, en el que Del Pino se refiere a la influencia vanguardista sobre la literatura clásica con la frecuente puesta en escena de la Castilla tradicional. En esta parte, el autor anota que el que pueda empezar a cambiar esa noción de Castilla sería el automóvil, un “Citroën”, y Ortega no sólo era el gran impulsor de la renovación estética española, sino también un apasionado automovilista (p. 169). En resumen, el interés de los intelectuales por los vehículos y la velocidad artificial, que ejemplifica Ortega, se reflejaba el espíritu de la vanguardia. Este elemento convirtió la imagen rural de España en más urbana.

Así este libro enumera sucesivamente los componentes de la vanguardia literaria hispánica, y comprueba que esta corriente era una manifestación de la modernidad en la España de los años veinte. Esta tendencia terminó irónicamente en la primera mitad de los años treinta tras la instauración de la Segunda República (1931-1936), un régimen de carácter liberal. Este sistema democrático asimismo acabó con el estallido de la Guerra Civil española (1936-1939). Durante y después de la contienda, numerosos escritores vanguardistas al favor del bando republicano, vencido en la guerra, se vieron obligados a exiliarse. Tanto Ortega como Ayala no fueron la excepción. En la posterior dictadura de Franco (1939-1975), según la tesis del historiador Juan

¹ FUSI, Juan Pablo y PALAFOX, Jordi, *España: 1808-1996. El desafío de la modernidad*, Madrid, Espasa Calpe, 1997, p. 243.

² *Ibidem*, p. 241.

Pablo Fusi, el vanguardismo experimental quedó marginado, por lo menos, hasta los años cincuenta.³ En este sentido, aunque resultó fugaz, el vanguardismo literario de los años veinte fue un apreciable fruto artístico, que derivaba de nuevos intentos liberales y modernistas.

³ FUSI, Juan Pablo, “La cultura”, en GARCÍA DELGADO, José Luis (coord.), *Franquismo. El juicio de la historia*, Madrid, Temas de Hoy, 2000, p. 184.